

EL LABERINTO Y EL HILO

Las masas quieren saber

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Uno de los temas de la Semana Social recientemente celebrada entre nosotros fue el de "La Promoción Cultural" cuyo análisis estuvo a cargo del doctor César Arróspide de la Flor, con el cual colaboraron los doctores Andrés Ruzskowski, Enrique Torres Llosa y Antonio Quintanilla. Los resultados de ese estudio fueron expuestos en una extensa ponencia de la cual verificaciones y conclusiones permanecen aún inéditas. Es de desear, por cierto, que dicho trabajo se imprima y se divulgue, pues ahí se ha revelado la crisis por la que atraviesa la educación de las masas. Se trata de una crisis caracterizada no sólo por la deficiente distribución de los medios de ilustración en el mapa del territorio nacional, sino también por la adulteración interesada de los contenidos que dichos medios ponen al alcance de las muchedumbres. Al lado de esos casi cuatro millones de indígenas analfabetos, que transcurren, por efecto de la servidumbre económica y social a la que se los ha condenado, en una existencia primitiva en lo que a la cultura se refiere, las multitudes urbanas ascienden en el saber, día a día por vías no siempre satisfactorias, como son cierta prensa amarilla, cierta radio melodramática e inmoral, cierta televisión todavía, en cuanto a sus propósitos, vacilante, etc.

Pero como el Perú, pese a los rasgos autóctonos de un gran sector de su población, está inscrito en la Cultura Occidental, a la crisis peculiar de su cultura se añade la crisis propia de aquel mundo. Acaba un ser y nace otro en la tierra, fruto éste de las nuevas invenciones, los nuevos horizontes, las nuevas ideas, y nuestro país no puede ser ajeno a la alborada que apunta. El hombre de este siglo tiene un signo. "Lo que da fisonomía a este mundo nuevo —precisa al respecto el doctor Arróspide de la Flor— es una conciencia, muy afirmada en las clases populares, de su dignidad y su derecho a participar en la regencia social, conciencia que antes no era clara y que hoy produce una fuerte presión sobre los demás sectores de la colectividad". Hay, ya lo han observado los sociólogos, una "clase emergente", que quiere saber y saber todo. Este anhelo es la gran promesa del futuro. En los países subdesarrollados, la sed de conocimiento es impetuosa, da saltos, rompe las vallas y se desborda. No puede haber privilegios ni en éste ni en otros sentidos.

Entre los bienes esenciales, de primera necesidad, hay que colocar, junto al pan, al techo, al vestido, etc., la cultura. La imagen del niño serrano que camina diariamente a la escuela franqueando cerros y arroyos, la del tugurio en el que resuena el receptor radial, la de la comunidad indígena que posee e incrementa una biblioteca pública, dan una noción cabal de la transformación de la actitud de las masas acerca de la cultura. Frente a esta ola, ¿cuál es el deber moral de los que producen cultura? ¿Qué misión han de cumplir los maestros, los intelectuales, los hombres de prensa, los editores, los dirigentes de la radio y la televisión, y sobre todo de quienes gobiernan desde el Estado, a los que toca, en primer término, la obligación de regir, en beneficio de los más este movimiento espontáneo de las muchedumbres? Por el progreso del país, la tarea de estas gentes es estimular dicho impulso, encaminarlo en el sentido de la verdad y la belleza, refinarlo para que sea positivo, y no, como parece suceder ahora, ponerlo al servicio de intereses comerciales. Es una demanda pura que la oferta voraz puede corromper.

El examen de la situación que bajo la dirección del doctor Arróspide de la Flor han hecho el doctor Ruzskowski ("Difusión por los medios técnicos") el doctor Torres Llosa ("Educación oficial") y el doctor Quintanilla ("Promoción cultural del indígena") es una excelente "mise au point" de un problema que debiera inquietar a todo el país pensante, especialmente a los que lo gobiernan. Dejar que el avance de las masas quede librado al azar o, lo que es peor, al interés de los traficantes, equivale a olvidar al Perú o, en el segundo caso, a echarlo en manos de la irresponsabilidad de aquellos que sólo piensan en sí, en su bolsa, en su provecho egoísta. Lo cual es una suerte de genocidio.